

Pedro José Martínez Coronado (Úbeda)

Los pasados días 3, 4 y 5 de marzo, 30 corazones jóvenes de la provincia de Jaén nos dispusimos a encontrarnos con Dios en la inmensidad de la naturaleza que Él mismo nos preparó con delicadeza y amor.

El viernes llegamos a eso de las 20:00 horas. Nos distribuimos en nuestras habitaciones, cenamos e introducimos el retiro hablando y meditando sobre cómo escuchar la palabra de Dios. Todos/as estábamos cansados de un fuerte día laboral, pero entre las hermanas y hermanos se sentía la necesidad de saciar esa sed de Dios, ya que voluntariamente nos acercamos a la capilla, fuente de nuestras vidas.

El sábado comenzamos con una Eucaristía, y tras el desayuno nos esperaba un gran día en presencia de nuestro Señor. La lectura de Mt 14, 24-33, donde aparece el miedo, la desconfianza y la incertidumbre de los apóstoles en medio de una noche tormentosa; nos hace ver que en nuestras vidas también aparecen esas noches, aparentemente eternas, en medio de la enfermedad, la muerte de un ser querido, la indiferencia, el desempleo, la sociedad consumista (del “usar y tirar”) que hace mella hasta en las relaciones afectivas.

Por la tarde, antes de comer, meditamos la parábola del fariseo y el publicano (Lc 18, 9-14). ¿Cuántos nos sentimos mediocres, indignos y míseros ante Dios como el publicano? y ¿cuántos otros nos creemos que todo está hecho por la situación favorable que nos ha tocado vivir como el fariseo? Hoy en día, tantas personas son esclavas de la comodidad y las falsas seguridades como el dinero, el materialismo, las adicciones y la admiración a los demás, que para qué vamos a necesitar un Dios invisible que además nos ofrece una cruz para darnos a los demás y no ahogarnos en nuestro egoísmo. Con este texto evangélico, aprendimos que “lo esencial es invisible a los ojos” (Saint-Exupéry), que aquel humilde cobrador de impuestos, según las apariencias, no tenía derecho al perdón, porque era invisible su espíritu arrepentido y sus buenos propósitos; y era por ello que estaba justificado ante Dios.

Más tarde, nos acercamos al dolor de Jesús en la cruz a través de un desierto, meditando sus últimas 7 palabras. En un mundo de abundancia y amor, ¿por qué nos sentimos vacíos sin esperanza alguna? Dios nos respondió en este desierto a cada uno de forma diferente desde lo más sencillo e inapreciable. Y es que una piña rodando nos hizo ver que sólo seremos felices si nos dejamos llevar por la voluntad de nuestro Señor; un grupo de ciervos, que los tiempos de Dios no son los nuestros; la belleza de una chica en posición orante, que no estamos solos, ¡somos comunidad!; lo más humano y profundo de un seminarista; el llanto de tantas personas como el apóstol Pedro arrepentido tras rechazar a su Señor; etc. Todo ello no tiene nada más que ver con el verdadero y sorprendente encuentro con Dios.

El domingo terminamos con la Lectio Divina sobre las tentaciones del Señor en el desierto (Mt 4, 1-11), compartiendo las tentaciones que más nos atenazan en el día a día. Por último celebramos la Eucaristía con miembros de la población del Centenillo,

estilo a como lo hacían y lo hacen los cristianos perseguidos, en el salón de una casa perdida en medio de la bella creación.

Ahora, somos responsables de llevar estos frutos al mundo entero, como lo hicieron los apóstoles tras las apariciones del Señor resucitado. Este fin de semana nos hemos encontrado con Dios, no nos guardemos para sí tal tesoro de amor.